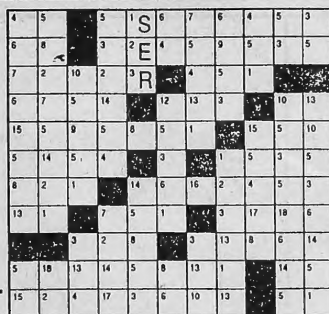
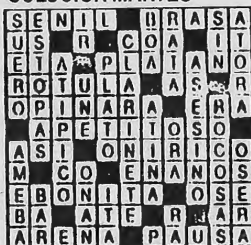


# CRUCIGRAMA EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



## SOLUCION MARTES



**ALBERTINE REENCONTRADA**

Página 2/3

# Verano/12

Por Josep-Vicent Marqués

El hombre que se sentía desgraciado en sus relaciones personales se encontró parado ante una tienda de animales domésticos.

“Tal vez tengan aquí lo que necesito”, pensó.

Empujó la puerta y entró. La campanilla sonaba bien, acogedora. Una dama de aspecto agradable y edad indefinida le saludó con una sonrisa.

—¿En qué puedo servirle?

—No lo sé exactamente.

—¿Se trata de un regalo?

No entendió.

—¿Cómo dice?

—¿Quiere usted hacer un regalo?

—Oh, no —respondió como si de repente advirtiese dónde estaba y qué le estaban diciendo—. No, más bien se trata de algo para mí.

—Me pareció que admiraba usted nuestros periquitos —dijo la dama.

—Periquito, enano, esquírol —dijo un papagayo.

—Sí, no sé. Son bonitos —dijo el hombre que se sentía desgraciado en sus relaciones personales.

—Periquito, enano, esquírol —volvió a decir el papagayo.

—Dispénselo usted —aclaró la vendedora—. Lo tenemos por caridad, proviene de la familia de un ornitólogo ya fallecido, gente un poco rara.

—¡Viva la República! —dijo el papagayo.

La dama lo ignoró.

—En periquitos tenemos un surtido realmente amplio...

—No sé. No creo que me gustase tener a nadie en una jaula.

—Oh, no se preocupe —dijo la vendedora—. Son felices. En realidad, no sabrían vivir fuera de la jaula.

—Eso suena terrible —dijo el hombre que se sentía desgraciado en sus relaciones personales.

—Tenemos también perros. Perros deliciosos. Y guardianes muy eficaces... Hoy día...

—Perro, enano, esquírol —dijo el papagayo.

Un cachorro de doberman ladró.

—El perro, como usted sabe, es el mejor amigo del hombre...

—Sí. Eso he oído decir.

—Es fiel. Sobre todo es fiel. Usted no ignora que la fidelidad es hoy una cualidad difícil de encontrar. El adulterio. La ingratitud de los hijos... Perdónese si he removido en usted algún recuerdo doloroso.

Alentada por el silencio del cliente, la dama prosiguió muy animada.

—Y además son cariñosos. El perro es un animal cariñoso.

El hombre que se sentía desgraciado en sus relaciones personales volvió la cabeza negativamente.

—No sé. Quizá demasiada fidelidad, ¿no? Mi abuela tenía un perro. Le pegaba y volvía.

La dama sonrió comprensiva y ofreció:

—Un gatito. Los gatos son muy independientes. Les gusta ser acariciados y luego se van por los tejados a hacer su vida.

—¡Viva la República! —gritó el papagayo.

El hombre que se sentía desgraciado en sus relaciones personales objetó:

—Tampoco se trata de eso. Me gustaría recibir cariño, no sólo dar. Los gatos..., ahora los ves y luego no los ves. Se van demasiado deprisa.

—Una tortuguita, entonces.

—Tortuga, enana, esquírol... —dijo el papagayo.

—Perdone que le diga, señora, que las tortugas son feísimas.

—En cuestión de belleza, caballero, ya sabe usted que todo es subjetivo...

—No tanto, señora... Además, podría pisarla. No me gusta hacer daño a nadie.

La señora se disculpó:

—Perdone, debo darles la comida a los *hamsters*. Supongo que si usted no quiere nada enjaulado tampoco querrá un *hamster*.

—*Hamster*, rata barata, presumido —gritó el papagayo.

La dama terminó de dar la comida a los *hamsters* y volvió junto al hombre que se sentía desgraciado en sus relaciones personales.

—¿Y un caballo? El caballo hacía al hombre caballero. El caballo es un fiel compañero y no es tan sentimental como el perro. Le acerca al paisaje, a la naturaleza.

—Mi última novia tenía un BMW...

—Un caballo le ofrece a usted toda la entrañable mitología masculina del Oeste —dijo la dama sorprendiéndose de haber construido un eslogan tan brillante.

—No quisiera ofender, pero el caballo me parece un animal estúpido. Toda la vida aguantando a alguien encima...

—Caballo, motocarro, esquírol —gritó el papagayo.

—Hay que saber domarlos primero —dijo la vendedora, ofendida.

—No creo que me guste la idea de domar a nadie. Quizá perdería luego todo interés.

—Pues, francamente, no sé qué ofrecerle —dijo la dama.

El hombre que se sentía desgraciado en sus relaciones personales se sintió asaltado por el vago recuerdo de una mujer a quien no podía identificar con precisión.

—Decía que no sé ya qué ofrecerle.

—Sí, perdónese. Estaba distraído.

—Distraído, enano, esquírol. ¡Viva la República! —gritó el papagayo.

—Oiga —dijo el hombre súbitamente animado —¿no podría ven-

derme el papagayo?

—Imposible —dijo la dama—. Ya le he dicho que es como una obra de caridad, una promesa. Además, ya ve usted que es un impertinente.

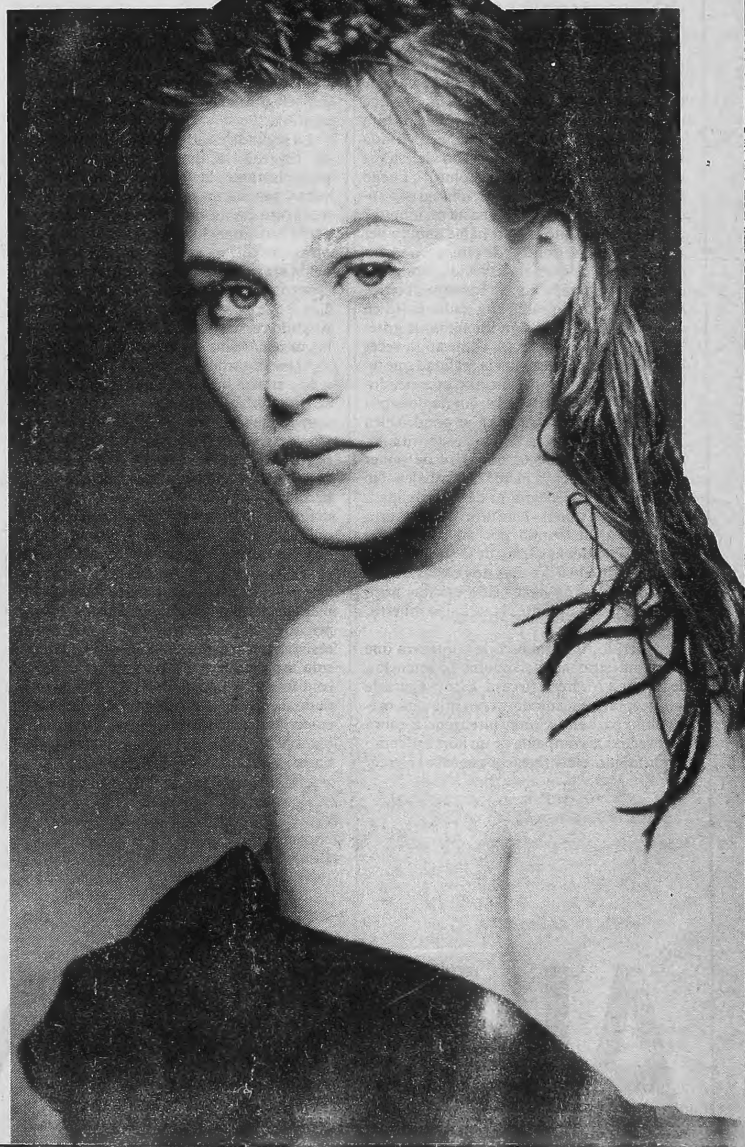
El hombre que se sentía desgraciado en sus relaciones personales se despidió y salió pensando dónde estaría aquella vieja agenda donde po-

día encontrar el nombre de la mujer cuyo recuerdo le había asaltado. Y si no, el de algún amigo perdido en los callejones de la memoria.

—Juanita, bonita, esquírol —gritó el papagayo cuando el hombre hubo salido.

—Zalamero —dijo la dama retorcándose el cabello.

# SUCEDANEOS



No volvió nunca. Acababa de salir mi telegrama cuando recibí otro. Era de la señora Bontemps. El mundo no ha sido creado con carácter definitivo para cada uno de nosotros. Se van sumando en el transcurso de la vida cosas que no sospechábamos. ¡Ah!, no fue la supresión del dolor lo que produjeron en mi las dos primeras líneas del telegrama.

"Mi pobre amigo, nuestra querida Albertine se nos ha ido, permíteme que le anuncie algo tan espantoso a usted que tanto la quería. Su caballo la arrojó contra un árbol mientras paseaba a orillas del Vivonne. Todos nuestros esfuerzos por reanimarla resultaron inútiles. ¡Por qué no habré muerto yo en su lugar!"

No, no fue la supresión del dolor, sino un dolor desconocido, el de saber que nunca más volvería. ¿Pero acaso no me había repetido varias veces a mí mismo que quizá no volviera? Así era, en efecto, pero ahora comprendía que ni por un instante lo creí. Como necesitaba su presencia, sus besos, para soportar el daño que me causaban mis sospechas, me había acostumbrado desde Balbec a estar siempre con ella. Aun cuando ella no estaba, cuando me quedaba solo, seguía besándola. Había seguido haciéndolo desde que ella se había ido. Necesitaba no tanto su fidelidad como su regreso. Y aunque mi razón pudiera ponerlo impunemente en duda alguna vez, mi imaginación no cesaba un instante de recordármelo. Instintivamente me pasé la mano por el cuello, por los labios, que se veían besados por ella desde que marchara y que no volverían a serlo, me pasé la mano por ellos, al igual que mamá me acarició al morir mi abuela diciéndome: "Pobre niño mío, tu abuela, que tanto te quería, no volverá a besarte". Aquellas palabras: "A orillas del Vivonne", añadían un elemento más atroz a mi desesperación. Pues la coincidencia de que me hubiese dicho en el trenecillo que era amiga de la señora Vinteuil, y de que la casa donde vivía desde que me dejara y donde encontró la muerte estuviese por los alrededores de Montjouvain, tal coincidencia no podía ser gratuita, se dibujaba una luz entre el Montjouvain contado en el tren y el Vivonne involuntariamente confesado en el telegrama de la señora Bontemps. ¡Por tanto, me mintió la noche en que fui a casa de los Verdurin, la noche en que le dije que quería abandonarla! Toda mi vida futura quedaba arrancada de mi corazón. ¿Mi vida futura? ¿Acaso no había pensado alguna vez vivirla sin Albertine? ¡En absoluto! ¿Luego desde hacía tiempo le había consagrado todos los minutos de mi vida hasta mi muerte? ¡Por supuesto que sí! No había sabido ver aquel futuro indisoluble de ella, pero ahora que acababa de quedar desvelado, notaba el lugar que ocupaba en mi corazón abierto. Françoise, que no sabía aún nada, entró en mi cuarto; con expresión iracunda, le grité: "¿Qué pasa?". Entonces, contestó (a veces hay palabras que cambian la realidad que tenemos al lado por otra distinta, aturdiéndonos como un vértigo): "El señor no tiene por qué estar enfadado. Al revés, se pondrá bien contento. Son dos cartas de la señorita Albertine". Noté, luego, que debí de poner ojos de persona cuya mente se tambalea. No di muestra ni de alegría ni de incredulidad. Estaba como quien ve un sitio de su cuarto ocupado a un tiempo por un sofá y una cueva. Al perder la noción de la realidad, cae desvanecido al suelo. Las dos cartas de Albertine debían de haber sido escritas poco antes del paseo durante el que había muerto. La primera decía:

"Querido, te agradezco la confianza que me demuestras anunciándome tu intención de invitar a Andrée a tu casa. Estoy segura de que aceptará encantada y creo que será maravilloso para ella. Con su inteligencia, sabrá aprovechar la compañía de un hombre como tú y la admirable influencia que sabes ejercer

Este es un fragmento de la versión dactilográfica de *Albertine desaparecida*, que fue rescatada recientemente y muestra importantes diferencias con el texto conocido, de ahí que los editores españoles del sello Anagrama la hayan publicado con el sugestivo título de *Albertine reencontrada*.

Probablemente la curiosidad bien valga la publicación del fragmento, pero aún más lo justifican los valores de su autor: Marcel Proust.

en las personas. Creo que se te ha ocurrido una idea que puede resultar tan beneficioso a ella como a ti. Pero si pusiera la menor pega, telegrafíame, yo me encargaré de vencerla."

La segunda estaba fechada un día más tarde. En realidad, debía de haberlas escrito a pocos instantes la una de la otra, quizás a la vez, y antedatar la primera. Pues en todo momento había imaginado de manera absurda sus intenciones, que no habían sido otras que volver conmigo, y que una persona ajena al asunto, un hombre sin imaginación, el negociador de un tratado de paz, el comerciante que examina una transacción, habrían juzgado con más discernimiento que yo. Sólo contenía estas palabras:

"¿Es ya tarde para volver contigo? Si no le has escrito aún a Andrée, ¿me aceptarías de nuevo? Me inclinaré ante tu decisión, te suplico que no tardes en comunicármela, puedes imaginarte con qué paciencia la espero. Si decides que vuelva, tomaré el tren inmediatamente. Tuya de todo corazón, Albertine."

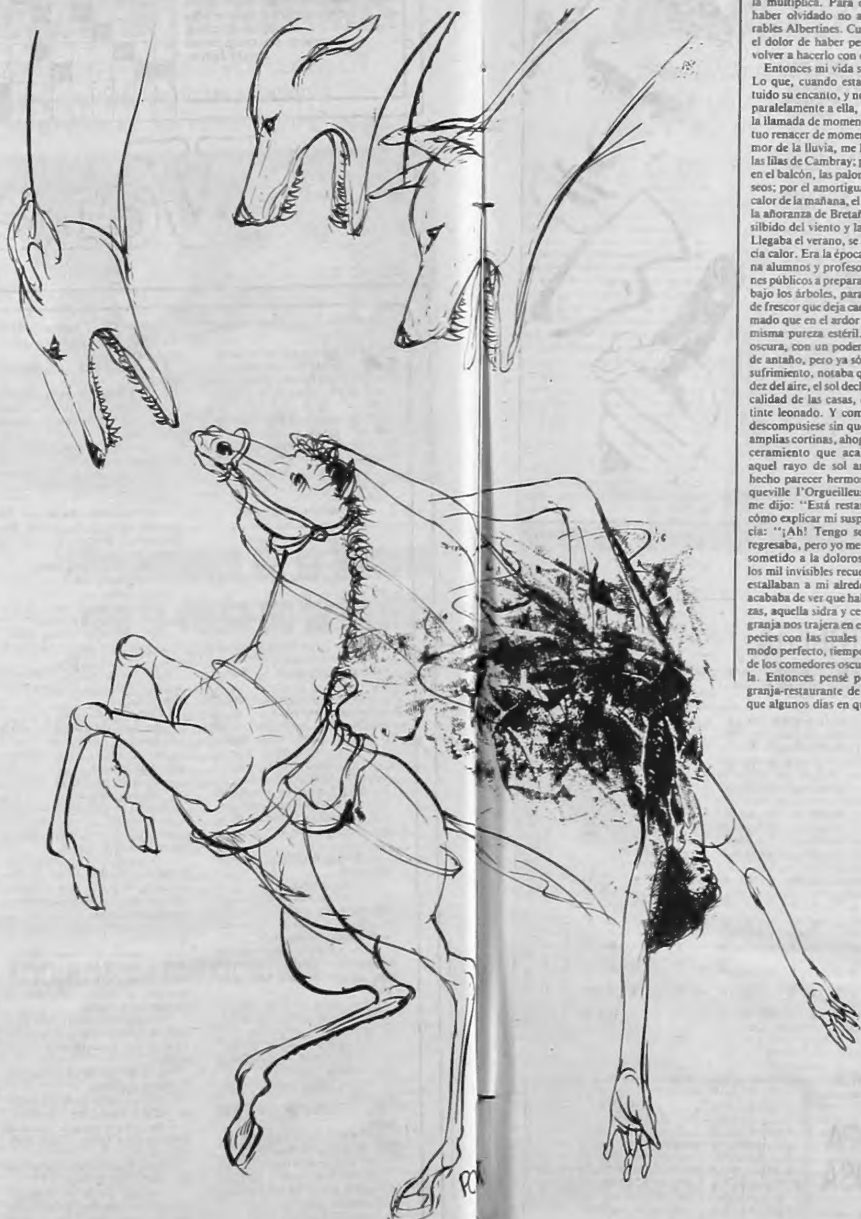
Para que la muerte de Albertine hubiese podido suprimir mis sufrimientos, habría sido necesario que el choque la matase no sólo en Turnera, sino dentro de mí. Para entrar en nosotros, un ser se ha visto obligado a tomar la forma, a adaptarse al marco del tiempo; al no aparecernos sino en minutos sucesivos, nunca ha podido darnos más que un solo aspecto suyo a la vez, mostrarnos una sola foto de su persona. Gran debilidad sin duda para un ser el consistir en una simple colección de momentos; gran fuerza también; depende de la memoria y la memoria de un momento no está informada de todo lo



# ALBERTINE REENCON



# LECTURAS



N o volvió nunca. Acababa de salir mi telegrama cuando recibí otro. Era de la señora Bontemps. El mundo no ha sido creado con carácter definitivo para cada uno de nosotros. Se van sumando en el transcurso de la vida cosas que no sospechábamos. ¡Ah!, no fue la supresión del dolor lo que produjeron en mí las dos primeras líneas del telegrama.

"Mi pobre amigo, nuestra querida Albertine se nos ha ido, perdóname que le anuncie algo tan espantoso a usted que tanto la quería. Su caballo la arrojó contra un árbol mientras paseaba a orillas del Vivonne. Todos nuestros esfuerzos por rescatarla resultaron inútiles. ¡Por qué no habré muerto yo en su lugar!"

No, no fue la supresión del dolor, sino un dolor desconocido, el de saber que nunca más volvería. ¡Pero acaso no me había repetido varias veces a mí mismo que quizá no volviera? Así era, en efecto, pero ahora comprendía que ni por un instante lo creí. Como necesitaba su presencia, sus besos, para soportar el daño que me causaban mis sospechas, me había acostumbrado desde Balbec a estar siempre con ella. Así cuando ella no estaba, cuando me quedaba solo, seguía besándola. Había seguido haciéndolo desde que ella se había ido. Necesitaba no tanto su fidelidad como su regreso. Y aunque mi alguna vez, mi imaginación no cesaba un instante de recordármela. Instintivamente me pasé la mano por el cuello, por los labios, que se veían besados por ella desde que marchara y que no volverían a serlo, me pasé la mano por ellos, al igual que mamá me acarició al morir mi abuela diciéndome: "Pobre niño mío, tu abuela, que tanto te quería, no volverá a besarte". Aquellas palabras: "A orillas del Vivonne", añadían un elemento más a mi desesperación. Pues la coincidencia de que me hubiese dicho en el trenillo que era amiga de la señora Vinteuil, y de que la casa donde vivía desde que me dejara y donde encontró la muerte estuviese por los alrededores de Montjouvain, tal coincidencia no podía ser gratuita. Se dibujaba una lazo entre el Montjouvain contenido en el tren y el Vivonne involuntariamente confesado en el telegrama de la señora Bontemps. ¡Por tanto, me mintió la noche en que fui a casa de los Verdurin, la noche en que le dije que quedaba arrancada de mi corazón. ¡Mi vida futura! ¿Acaso no había pensado alguna vez viviría sin Albertine? ¡En absoluto! Luego desde hacia tiempo le había consagrado todos los minutos de mi vida hasta mi muerte. ¡Por supuesto que sí! No había sabido ver aquel futuro indisoluble de ella, pero ahora que acababa de quedar desvelado, notaba el lugar que ocupaba en mi corazón abierto. François, que no sabía aún nada, entró en mi cuarto; con expresión trágica, le grité: "¿Qué pasa?" Entonces, contestó (a veces hay palabras que cambian la realidad que tenemos al lado por otra distinta, aturdiéndonos como un vértigo): "El señor no tiene por qué estar enfadado. Al revés, se pondrá bien contento. Son dos cartas de la señorita Albertine". Noté, luego, que debí de poner ojos de persona cuya mente se tambalea. No di muestra ni de alegría ni de incredulidad. Estaba como quien ve un sitio de su cuarto ocupado a un tiempo por un sofá y una cueva. Al perder la noción de la realidad, me desvanecí al vuelo. Las dos cartas de Albertine debían de haber sido escritas poco antes del paseo durante el que había muerto. La primera decía:

"Querido, te agradezco la confianza que me demuestras anunciándome tu intención de invitar a André a tu casa. Estoy segura de que aceptará encantada y creo que será maravilloso para ella. Con su inteligencia, sabrá aprovechar la compañía de un hombre como tú y la admirable influencia que sabes ejercer

Este es un fragmento de la versión dactilográfica de *Albertine desaparecida*, que fue rescatada recientemente y muestra importantes diferencias con el texto conocido, de ahí que los editores españoles del sello Anagrama la hayan publicado con el sugestivo título de *Albertine reencontrada*. Probablemente la curiosidad bien valga la publicación del fragmento, pero aún más lo justifican los valores de su autor: Marcel Proust.

en las personas. Creo que se te ha ocurrido una idea que puede resultarte tan beneficiosa a ella como a ti. Pero si pusiera la menor pega, telegráfame, yo me encargaré de vencerla."

La segunda estaba fechada un día más tarde. En realidad, debía de haberla escrito a pocos instantes la una de la otra, quizás a la vez, y adelantada la primera. Pues en todo momento había imaginado de manera absurda sus intenciones, que no habían sido otras que volver conmigo, y que una persona ajena al asunto, un hombre sin imaginación, el negociador de un tratado de paz, el comerciante que examina una transacción, habían juzgado con más discernimiento que yo. Sólo contenía estas palabras:

"Es ya tarde para volver contigo? Si no le has escrito aún a André, ¿me aceptarías de nuevo? Me inclinaré ante tu decisión, te suplico que no tardes en comunicármela, puedes imaginarte con qué paciencia la espero. Si decides que vuelva, tomaré el tren inmediatamente. Tuya de todo corazón, Albertine."

Para que la muerte de Albertine hubiese podido suprimir mis sufrimientos, habría sido necesario que el choque le matase no sólo en Turnera, sino dentro de mí. Para entrar en nosotros, un ser se ha visto obligado a tomar la forma, a adaptarse al marco del tiempo; al no aparecerse sino en minutos sucesivos, nunca ha podido darnos más que un solo aspecto nuyo a la vez, mostrarnos una sola foto de su persona. Gran debilidad sin duda para un ser el consistir en una simple colección de momentos; gran fuerza también; depende de la memoria y la memoria de un momento no está informada de todo lo

accedido desde entonces; ese momento que ha registrado dura aún, vive aún y también la persona que se perfilaba en él. Y este desmembramiento no solamente da vida a la muerte, la multiplica. Para consolarme, tenía que haber olvidado no a una, sino a innumerables Albertines. Cuando lograba soportar el dolor de haber perdido a ésta, había de volver a hacerlo con otra, con cien más.

Entonces mi vida sufrió un cambio total. Lo que, cuando estaba solo, había consistido en su encanto, y no a través de Albertine, paralelamente a ella, era precisamente, ante la llamada de momentos idénticos, el perpetuo renacer de momentos pasados. Por el rumor de la lluvia, me llegaba la fragancia de las lilas de Cambray; por la movilidad del sol en el balcón, las palomas de los Campos Elíseos; por el amortiguarse de los ruidos en el calor de la mañana, el frescor de las cervezas; la afluencia de Bretaña o de Venecia, por el silbido del viento y la llegada de la Pascua. Llegaba el verano, se alargaban los días, hacia calor. Era la época en que muy de mañana alumnos y profesores acuden a los jardines públicos a preparar los últimos exámenes bajo los árboles, para recoger la única gota de frescor que deja caer un cielo menos inflamado que en el ardor del día, pero ya con la misma pureza estéril. Desde mi habitación oscura, con un poder de evocación igual al de antaño, pero ya sólo capaz de engendrar sufrimiento, notaba que afuera, en la gravedad del aire, el sol declinante batallaba la verticalidad de las casas, de las iglesias, con un tinte leonado. Y como François al volver descompusiese sin querer los pliegues de las amplias cortinas, ahogaba un grito ante el lacernamiento que acababa de producirme aquel rayo de sol antiguo que me había hecho parecer hermosa la fachada de Briqueville l'Orgueilleuse, cuando Albertine me dijo: "Está restaurada". No sabiendo como explicar mi suspiro a François, le decía: "¡Ah! Tengo sed". François salía, regresaba, pero yo me volvía violentamente, sometido a la dolorosa descarga de uno de los mil invisibles recuerdos que de continuo estallaban a mi alrededor en la oscuridad; acababa de ver que había traído sida y cerezas, aquella sida y cerezas que un mozo de granja nos trajera en el coche, en Balbec, especies con las cuales habría comulgado de modo perfecto, tiempo atrás, con el arco iris de los comedores oscuros los días de canícula. Entonces pensé por primera vez en la granja-restaurante de Les Ecores, y pensé que algunos días en que Albertine me decía

en Balbec que no estaba libre, o que tenía que salir con su tía, quizás estaba con alguna de sus amigas en una granja por la que sabía que yo no solía ir, y donde mientras yo hacía tiempo por ir, acaso en la de Marie-Antoinette donde me habían dicho: "No la hemos visto hoy", ella empleaba con su amiga las mismas palabras que conmigo cuando salíamos los dos: "No se le ocurrirá buscarnos aquí y así estaremos tranquilos". Le decía a François que corriese las cortinas, para no ver aquel rayo de sol. Pero seguía filtrándose, igual de corrosivo, en mi memoria. "No me gusta, está restaurada, pero mañana a...". Mañana, pasado mañana, era un futuro de que se abalanzaba hacia él, pero se había estumado, Albertine había muerto.

Preguntaba la hora a François. Las seis. Por fin, a Dios gracias, desaparecería aquel calor agobiante del que me quejaba tiempo atrás con Albertine y que nos gustaba tanto. El día tocaba a su fin, ¡pero y qué ganaba yo con ello? Llegaba el frescor de la noche, declinaba el sol; en mi memoria, al final de una carrera que tomábamos juntos para volver, lo divisaba, más lejos que el último pueblo, como una estrella distante, inaccesible para aquella misma noche en que los detendríamos en Balbec, siempre juntos. Juntos entonces. Ahora había que pararse en seco ante aquel mismo abismo, él había muerto. No basta ya correr las cortinas, intentaba tapar los ojos y oídos de mi memoria, para no ver aquella franja anaranjada del crepúsculo, para no oír aquellos invisibles pájaros que se contestaban de uno a otro árbol, a cada lado del a quien tan tiernamente besaba entonces la que ahora había muerto. Me esforzaba a evitar esas sensaciones que suscitan la humedad de las hojas al atardecer, las subidas y bajadas de la carretera. Pero ya esas sensaciones me habían invadido de nuevo, me habían atraído lo bastante lejos del momento actual como para que la idea de que había muerto Albertine cobrara toda la perspectiva, todo el impulso necesario para herirme de nuevo. ¡Ah! Nunca más volvería a encontrarme en un bosque ni a pasearme por entre los árboles. ¡Pero me resultarían menos crueles los llanos! Cuántas veces, para ir a buscar a Albertine, había cruzado y vuelto a tomar al regresar con ella la gran llanura de Criqueville, tanto con tiempo brumoso en que la inundación de la niebla nos daba la sensación de estar rodeados por un inmenso lago como durante esos limpidos atardeceres en que el claro de luna, desmaterializando la tierra, haciendo la parecer casi celeste como no lo es durante el día sino en lontananza, encerraba los campos, los bosques, con el firmamento al que los había asimilado, en un agua arborizada de un solo azul.

Francoise debía de alegrarse de la muerte de Albertine, y preciso es reconocerle que por una especie de decencia y de tacto no fingía estar triste. Pero las leyes no escritas de su antiguo Código y su tradición de campesina medieval que llora como en los cantares de gesta eran más antiguas que el odio que profesaba a Albertine e incluso a Eulalie. Y así, uno de aquellos atardeceres, al no ocultar yo lo bastante rápido mi dolor, divisó mis lágrimas, ayudada por su instinto de antigua campesinita que otrora le hiciera capturar y hacer sufrir a los animales, disfrutar ahogando los pollos y cociendo vivos los bogavantes, y cuando yo estaba enfermo observando, como las heridas que hubiera infligido a una lechuga, mi mala cara que a continuación pregonaba con tono fúnebre y cual presagio de desdichas. Pero su derecho consuetudinario de Combray no le permitía tomarse a la ligera las lágrimas, el dolor, cosas que juzgaba tan fúnebres como quitarse su prenda interior de franela o comer a desahogada. "¡Oh! No, señor, no debe llorar, le sentará mal!". Y, en su afán de atajar mis lágrimas, parecía tan inquieta como si hubiesen sido mares de sangre. Por desgracia, adopté un aire frío que cortó en seco las efusiones que esperaba prodigarme y que además quizás habrían sido sinceras. Debía de pasarme lo mismo con Albertine que con Eulalie, y ahora que mi amiga no podía sacar ya ningún beneficio de mí, François había dejado de odiarla. Con todo, insistió en demostrarme que notaba perfectamente que yo lloraba y que siguiendo tan sólo el funesto ejemplo de los míos, no quería "hacerlo ver". "No debe llorar, señor", me dijo con tono ya más sosegado, y más bien para demostrarme su clarividencia que para testimoniarme su piedad. Y agregó: "Teñia que suceder, era demasiado feliz, la pobre, no supo apreciar su felicidad".

• Los músicos **Raúl Carnota** y **Lalo de los Santos** ofrecen un recital hoy, en el Teatro Auditorium de la ciudad de Mar del Plata. El jueves y viernes se presentará **Jalisco Torres y su Gente**, el sábado, el **Cuarteto Zupay** y el domingo, **Los Carabajal**. Los recitales comienzan a las 23.30.

• Todos los miércoles a las 22, en la Sala Encuentros, San Luis 2069, Mar del Plata, **Los Corradini** ofrecen su espectáculo musical distinto y su repertorio **casa de uno**, donde se incluye una síntesis de los tres discos del dúo Corradini.

• La **Banda Elástica** continúa presentando su espectáculo musical distinto y su repertorio "elástico" (jazz, tango, folklore y rock) en el Teatro de las Estrellas ubicado en Avenida Colón y La Costa. De miércoles a viernes y lunes a las 22 hs.

• El **resucitado**, obra teatral protagonizada por el actor Lorenzo Quinteros en el Teatro Refasi sito en Luro 2332, Mar del Plata. Todos los días a las 22.

• Los unipersonales **Vivir en vos** a cargo de Virginia Lago sobre textos de María Elena Walsh, los martes; **El humor en celo** con la actuación de la actriz Edna Díaz, los miércoles; **Yo Alfonsina (Una mujer libre)** con Leonor Manso sobre textos de Alfonsina Storni, los viernes y sábado; Lidia Catalán presenta **Poeta en Nueva York** sobre textos de Federico García Lorca, los jueves y viernes; **Centenario** a cargo de Perla Santillana, los domingos, se ofrecen en el Teatro Del Notariado ubicado en Independencia y Colón, Mar del Plata, siempre a las 23.

• Carlos Percivali presenta su nuevo espectáculo humorístico denominado **Percivali Indestructible**. En el Teatro Lito, Santa Fe 1751, Mar del Plata, de martes a sábados a las 21.15 y 23.15.

• **Mama**, obra teatral de A. Bergman con dirección general de Carlos Olivieri, protagonizada por los actores Carlos Caivo y Luisina Brando. En el Teatro Neptuno de la ciudad de Mar del Plata, Santa Fe 1751, de martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• El grupo **Midacchi** presenta su espectáculo humorístico musical de martes a domingo a las 21.45 y 23.45, en el Teatro Alberdi, ubicado en Alberdi 2473, Mar del Plata.

• **Yepeto**, obra teatral de Roberto Cossa interpretada por Lilian Dumoni, Dario Grandinetti y Marcela Luppi, en el Teatro Colón, Hipólito Yrigoyen 1665, Mar del Plata, de martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• **Morochos de Nuyor**, de Raúl Ramos y Héctor Givóvine protagonizada por Roberto Fiore y elenco. En la Sala La Nona del Hotel Provincial de la ciudad de Mar del Plata, de miércoles a lunes a las 22.

• En el Teatro de la Galería de San Clemente ubicado en Calle 1 y 3, Rudy Chernicoff ofrece su unipersonal **El señor del baño**.

• El Oliverio Mate Bar de Villa Gesell, Avenida 3 y 105 se presentan los días jueves, **Los Melonios** (clown) a las 22.30 y a las 23.30 **Cambas al ajillo**, de Miguel Fernández Alonso con la actuación de Aida Albert y Omar Viola con música original de Fernando Tavorola.

• La Comedia de la Provincia de Buenos Aires presenta su obra **El mensaje** (comedia infantil), de Javier Villalón, de miércoles a domingo a las 19, en el Teatro Auditorium de Mar del Plata.

# ALBERTINE REENCONTRADA



acaecido desde entonces; ese momento que ha registrado dura aún, vive aún y también la persona que se perfilaba en él. Y este desmigamiento no solamente da vida a la muerta, la multiplica. Para consolarme, tenía que haber olvidado no a una, sino a innumerables Albertines. Cuando lograba soportar el dolor de haber perdido a ésta, había de volver a hacerlo con otra, con cien más.

Entonces mi vida sufrió un cambio total. Lo que, cuando estaba solo, había constituido su encanto, y no a través de Albertine, paralelamente a ella, era precisamente, ante la llamada de momentos idénticos, el perpetuo renacer de momento pasados. Por el rumor de la lluvia, me llegaba la fragancia de las lilas de Cambray; por la movilidad del sol en el balcón, las palomas de los Campos Eliseos; por el amortiguarse de los ruidos en el calor de la mañana, el frescor de las cervezas; la añoranza de Bretaña o de Venecia, por el silbido del viento y la llegada de la Pascua. Llegaba el verano, se alargaban los días, hacía calor. Era la época en que muy de mañana alumnos y profesores acuden a los jardines públicos a preparar los últimos exámenes bajo los árboles, para recoger la única gota de frescor que deja caer un cielo menos inflamado que en el ardor del día, pero ya con la misma pureza estéril. Desde mi habitación oscura, con un poder de evocación igual al de antaño, pero ya sólo capaz de engendrar sufrimiento, notaba que afuera, en la gravedad del aire, el sol declinante bañaba la verticalidad de las casas, de las iglesias, con un tinte leonado. Y como Françoise al volver descompusiese sin querer los pliegues de las amplias cortinas, ahogaba un grito ante el laceramiento que acababa de producirme aquel rayo de sol antiguo que me había hecho parecer hermosa la fachada de Bricqueville l'Orgueilleuse, cuando Albertine me dijo: "Está restaurada". No sabiendo cómo explicar mi suspiro a Françoise, le decía: "¡Ah! Tengo sed". Françoise salía, regresaba, pero yo me volvía violentamente, sometido a la dolorosa descarga de uno de los mil invisibles recuerdos que de continuo estallaban a mi alrededor en la oscuridad; acababa de ver que había traído sidra y cerezas, aquella sidra y cerezas que un mozo de granja nos trajera en el coche, en Balbec, especies con las cuales habría comulgado de modo perfecto, tiempo atrás, con el arco iris de los comedores oscuros los días de canícula. Entonces pensé por primera vez en la granja-restaurant de Les Ecores, y pensé que algunos días en que Albertine me decía

en Balbec que no estaba libre, o que tenía que salir con su tía, quizás estaba con alguna de sus amigas en una granja por la que sabía que yo no solía ir, y donde mientras yo hacía tiempo por si acaso en la de Marie-Antoinette donde me habían dicho: "No la hemos visto hoy", ella empleaba con su amiga las mismas palabras que conmigo cuando salíamos los dos: "No se le ocurrirá buscarnos aquí y así estaremos tranquilas". Le decía a Françoise que corriese las cortinas, para no ver aquel rayo de sol. Pero seguía filtrándose, igual de corrosivo, en mi memoria. "No me gusta, está restaurada, pero mañana iremos a Saint-Martin-Véty, pasado mañana a...". Mañana, pasado mañana, era un futuro de vida en común, quizá para siempre, mi corazón se abalanzaba hacia él, pero se ha esfumado, Albertine ha muerto.

Preguntaba la hora a Françoise. Las seis. Por fin, a Dios gracias, desaparecería aquel agobiante del que me quejaba tiempo atrás con Albertine y que nos gustaba tanto. El día tocaba a su fin, ¿pero y qué ganaba yo con ello? Llegaba el frescor de la noche, declinaba el sol; en mi memoria, al final de una carretera que tomábamos juntos para volver, lo divisaba, más lejos que el último pueblo, como una estación distante, inaccesible para aquella misma noche en que los detendríamos en Balbec, siempre juntos. Juntos entonces. Ahora había que pararse en seco ante aquel mismo abismo, ella había muerto. No bastaba ya correr las cortinas, intentaba tapar los ojos y oídos de mi memoria, para no ver aquella franja anaranjada del crepúsculo, para no oír aquellos invisibles pájaros que se contestaban de uno a otro árbol, a cada lado de mí a quien tan tiernamente besaba entonces la que ahora había muerto. Me esforzaba en evitar esas sensaciones que suscitan la humedad de las hojas al atardecer, las subidas y bajadas de la carretera. Pero ya esas sensaciones me habían invadido de nuevo, me habían arrastrado lo bastante lejos del momento actual como para que la idea de que había muerto Albertine cobrase toda la perspectiva, todo el impulso necesario para herirme de nuevo. ¡Ah! Nunca más volvería a adentrarme en un bosque ni a pasearme por entre los árboles. ¿Pero me resultarían menos crueles los llanos? Cuántas veces, para ir a buscar a Albertine, había cruzado y vuelto a tomar al regresar con ella la gran llanura de Criqueville, tanto con tiempo brumoso en que la inundación de la niebla nos daba la sensación de estar rodeados por un inmenso lago, como durante esos limpios atardeceres en que el claro de luna, desmaterializando la tierra, haciéndola parecer casi celeste como no lo es durante el día sino en la lejanía, encerraba los campos, los bosques, con el firmamento al que los había asimilado, en un ágata arborizada de un solo azul.

Françoise debía de alegrarse de la muerte de Albertine, y preciso es reconocerle que por una especie de decencia y de tacto no fingía estar triste. Pero las leyes no escritas de su antiguo Código y su tradición de campesina medieval que llora como en los cantares de gesta eran más antiguas que el odio que profesaba a Albertine e incluso a Eulalie. Y así, uno de aquellos atardeceres, al no ocultar yo lo bastante rápido mi dolor, divisé mis lágrimas, ayudada por su instinto de antigua campesinilla que otrora le hiciera capturar y hacer sufrir a los animales, disfrutar ahogando los pollos y cociendo vivos los bogavantes, y cuando yo estaba enfermo observando, como las heridas que hubiera infligido a una lechuza, mi mala cara que a continuación pregonaba con tono fúnebre y cual presagio de desdichas. Pero su derecho consuetudinario de Combray no le permitía tomarse a la ligera las lágrimas, el dolor, cosas que juzgaba tan funestas como quitarse su prenda interior de franela o comer a desgana. "¡Oh! ¡No, señor, no debe llorar, le sentará mal!". Y, en su afán de atajar mis lágrimas, parecía tan inquieta como si hubiesen sido mares de sangre. Por desgracia, adopté un aire frío que cortó en seco las efusiones que esperaba prodigarme y que además quizás habrían sido sinceras. Debía de pasarle lo mismo con Albertine que con Eulalie, y ahora que mi amiga no podía sacar ya ningún beneficio de mí, Françoise había dejado de odiarla. Con todo, insistió en demostrarme que notaba perfectamente que yo lloraba y que siguiendo tan sólo el funesto ejemplo de los míos, no quería "hacerlo ver". "No debe llorar, señor", me dijo con tono ya más sosegado, y más bien para demostrarme su clarividencia que para testimoniarme su piedad. Y agregó: "Tenía que suceder, era demasiado feliz, la pobre, no supo apreciar su felicidad".

• Los músicos **Raúl Carnota y Lalo de los Santos** ofrecen un recital hoy, en el Teatro Auditorium de la ciudad de Mar del Plata. El jueves y viernes se presenta **Jaime Torres y su Gente**, el sábado, el **Cuarteto Zupay** y el domingo, **Los Carabajal**. Los recitales comienzan a las 23.30.

• Todos los miércoles a las 22, en la Sala Encuentros, San Luis 2069, Mar del Plata, **Los Corradini** ofrecen su espectáculo musical distinto y su repertorio **casa de uno**, donde se incluye una síntesis de los tres discos del dúo Corradini.

• **La Banda Elástica** continúa presentando su espectáculo musical distinto y su repertorio "elástico" (jazz, tango, folklore y rock) en el Teatro de las Estrellas ubicado en Avenida Colón y La Costa. De miércoles a viernes y lunes a las 22 hs.

• **El resucitado**, obra teatral protagonizada por el actor Lorenzo Quinteros en el Teatro Refasi sito en Luro 2332, Mar del Plata. Todos los días a las 22.

• Los unipersonales **Vivir en vos** a cargo de Virginia Lago sobre textos de María Elena Walsh, los martes; **El humor en celo** con la actuación de la actriz Edda Diaz, los miércoles; **Yo Alfonsina (Una mujer libre)** con Leonor Manso sobre textos de Alfonsina Storni, los viernes y sábado; Lidia Catalano presenta **Poeta en Nueva York** sobre textos de Federico García Lorca, los jueves y **Canto a mi misma** a cargo de Perla Santalla, los domingos, se ofrecen en el Teatro Del Notariado ubicado en Independencia y Colón, Mar del Plata, siempre a las 23.

• Carlos Perciavalle presenta su nuevo espectáculo humorístico denominado **Perciavalle indestructible**, en el Teatro Lido, Santa Fe 1751, Mar del Plata, de martes a sábados a las 21.15 y 23.15.

• **Mama**, obra teatral de A. Bergman con dirección general de Carlos Olivieri, protagonizada por los actores Carlos Calvo y Luisina Brando. En el Teatro Neptuno de la ciudad de Mar del Plata, Santa Fe 1751, de martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• El grupo **Midachi** presenta su espectáculo humorístico musical de martes a domingo a las 21.45 y 23.45, en el Teatro Alberdi, ubicado en Alberdi 2473, Mar del Plata.

• **Yepeto**, obra teatral de Roberto Cossa interpretada por Ulises Dumont, Dario Grandinetti y Marcela Luppi, en el Teatro Colón, Hipólito Yrigoyen 1665, Mar del Plata, de martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• **Morochos de Nuyor**, de Raúl Ramos y Héctor Glóvine protagonizada por Roberto Fiore y elenco. En la Sala La Nona del Hotel Provincial de la ciudad de Mar del Plata, de miércoles a lunes a las 22.

• En el Teatro de la Galería de San Clemente ubicado en Calle 1 y 3, Rudy Chernicoff ofrece su unipersonal **El señor del baño**.

• El Oliverio Mate Bar de Villa Gesell, Avenida 3 y 105 se presentan los días jueves, **Los Kelonios** (clown) a las 22.30 y a las 23.30 **Gambas al ajillo**, de Miguel Fernández Alonso con la actuación de Aida Albert y Omar Viola con música original de Fernando Tavoraro.

• La Comedia de la Provincia de Buenos Aires presenta su obra **El mensaje** (comedia infantil), de Javier Villafañe, de miércoles a domingo a las 19, en el Teatro Auditorium de Mar del Plata.

ONTRADA



—La vendedora de violetas no fue raptada

—Nada, Mr. Carmody —respondió el anciano, sonriendo benigneamente—, nada salvo enviar un telegrama a sus hombres para que cesen toda acción. Desde luego, nosotros pagaremos sus sueldos mientras dure la inactividad que usted, gentilmente, nos ha concedido. Por lo demás, usted está en libertad. ¿Qué tal unas vacaciones en Londres?

(Próximo episodio: "El misterio de los orígenes de Molly")

[illegible]

G	U	A	R	D	A	B	A	R	R	O	S	B	E
A	N	D	E	P	O	S	I	T	O	R	E	M	T
R	A	S	T	D	R	O	R	O	D	F	B	A	I
A	C	A	R	B	U	R	A	D	O	R	U	N	E
N	E	S	O	L	E	I	M	A	A	E	J	I	C
S	L	I	V	S	D	M	O	G	S	N	I	L	A
E	E	R	I	O	A	S	U	A	I	O	A	L	S
S	R	B	S	R	S	E	E	S	E	S	S	A	L
M	A	A	O	D	O	T	N	O	N	I	C	R	N
A	D	R	R	N	S	N	G	L	T	U	A	A	P
I	O	A	L	I	E	A	T	I	O	N	S	I	O
G	R	P	E	L	N	U	T	N	S	E	C	U	L
O	Y	O	S	I	O	G	Y	A	E	M	O	T	O
G	A	L	U	C	I	R	T	A	M	I	B	N	B

Fresas, Pan-Am, marido,  
jardinero.  
Quesos, Alitalia, arqueólogo,  
museo.  
Restos fósiles, Air France,  
granjero, chef.  
Tulipanes, Iberia, director,  
embarazada.  
Vacunas, Lufthansa, biólogo,  
actriz.

